

	Páginas.
La felicidad	64
Cartas cantan.	67
Historia.	72
La infancia	75
Tres dones	77
Consuelos del mundo.	79
¡ Chist !	81
Tristezas	85
La Fe.	88
La Esperanza.	89
La Caridad	91
Tren spress.	92
La lluvia	95
La noche	98
La conciencia.	100
A Consuelo	102
El bien	103
¡ Buen negocio !	108

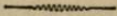


POETAS

CONTEMPORÁNEOS



TOMO PRIMERO



VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

—
1883

AL DESPERTAR.

ANGEL MARIA DACARRETE.

DÍME

Díme, ¿cual melancólico lucero
brillando sólo al despuntar el alba,
vierte una luz como la luz suave
de tu mirada?

Díme, ¿qué clara gota de rocío
pudo igualar sobre azucena blanca,
á una gota de llanto resbalando
por tu mejilla pálida?

Díme, ¿habrá una sonrisa que prometa
de virtud y ventura la esperanza,
que consiga imitar el dulce encanto
de tu sonrisa casta!

Díme, ¿habra una mujer que cual tú inspire
amor tan puro, adoracion tan santa?

Díme, ¿habrá sierpe que tan negra tenga
como tú el alma?

AL DESPERTAR.

I.

Dulce brisa aspirá el pecho,
tibía luz mi estancia dora,
y de nubes, sobre un lecho,
al lejos se vé la aurora
amorosa sonreir !

La besa el sol la enrojece
y ella su azul vestidura
pudorosa desvanece...
¡lás lágrimas de ternura
miro en las flores lucir !

II.

Roba el aura á las acacias
y á las lilas sus olores,
del sauce á las ramas lácias
los morados ciclamores
sus ramas miro enlazar.

El agua quejas suaves
forma en las piedras quebradas,
y ebrias de gozo las aves
hacen la fresca enramada
de armonia retemblar !

III.

¿Por que de tanta hermosa
huyo triste y desdenoso ?
¿por que de la noche oscurá
llamó al hijo misterioso,
que mi lecho abandone ?

Entre sus negros cabellos
llevó al partir un gemido ;
¡al herir con sus destellos
la luz mi rostro dormido
de mi seno la arranco !

IV.

¿Sabes por que amada mía,
en vano á la sombra llamo ?
En mis sueños te veía,
y en voz muy baja, *te amo...*
murmurar loco te oí !

¿Comprendes que con tristeza
miré la naciente aurora ?
¿Como sentir su belleza ?
si tú, del alma señora
estás tan lejos de mi !

ACACIO CACERES PRAT.

LA VIEJA Y LA LAMPARA.

Al triste amparo del techo
de una casa derruida,
y en un aposento estrecho,
está una vieja en un lecho,
y una lámpara encendida.

La anciana débil se queja,
suspira y besa una cruz;
y haciendo mortal pareja
se está muriendo la vieja
y apagándose la luz.

De la anciana con dolor
el pecho agitado ruge,
y al compas de su estertor
con pavoroso rumor
la llama en el vas cruje.

La moribunda aun respira,
aun la luz alumbra vaga,
se inflama, aquella suspira,

la anciana lánguida espira,
la lúgubre luz se apaga.

A un sepulcro se asemeja
la estancia en fúnebre calma
¡Murio la luz con la vieja;
la luz un fanal que deja,
un cuerpo que deja el alma!...

EN SU TUMBA.

Abre tu sepulcro oscuro,
oye los ecos mortales
de mi queja,
abre ese fúnebre muro,
como un tiempo los cristales
de tu reja.

Deja que arranque á mi lira
todo lo que siente el ama
que te adora;
oye al que por tí suspira
en esta lúgubre calma
como llora.

Rompe los eternos lazos

de la muerte, que te oprimen,
seca flor,
y ven hermosa á mis brazos,
que no es para Dios un crimen
nuestro amor.

Entre estas pálidas flores,
de un ciprés bajo las ramas
aun te velo;
ven á escuchar mis amores,
ven á decir que me amas
desde el cielo.

Despierta á mi voz y dime,
si viviendo en esta calma
vuelvo á verte,
¿Porqué el cuerpo al alma oprime
si vive despues el alma
de la muerte?

Sal; ¿no sales? Ven; ¿no vienes?
Cual de mi lira al acorde
se lo imploro;
¿no ves que triste me tienes?
¿no ves de la tumba al borde
como lloro?

¿No abres tu sepulcro oscuro

ni oyes los ecos mortales
de mi queja;
no abres el fúnebre muro
como un tiempo los cristales
de tu reja?...

AUGUSTO FERRAN.

CANTARES.

Désde la mañana
Hasta la alta noche,
¡Siempre luchando el cuerpo ya viejo
Con el alma jóven!

Vida y muerte, tierra y cielo,
triste noche, alegre el sol,
Cuanto en el mundo contemplas
Con alegría ó dolor;
Todo, si me quieres bien,
Me atrevo á dártelo vo...
Pues de todo llevo un poco
Dentro de mi corazon.

¡Qué á gusto sería
Sombra de tu cuerpo!
Todas las horas del día, de cerca
Te iría siguiendo.
Y mientras la noche
Reinara en silencio,
Toda la noche tu sombra estaría
Pegada á tu cuerpo.
Y cuando la muerte
Llegára á vencerlo,
Sólo una sombra por siempre serian
Tu sombra y tu cuerpo.

Me llama holgazan tu madre;
¡Como si el querer no fuera
Una ocupacion muy grande!

El agua menuda
Es la que hace barro,
Que el agua récia do deja señales
Por donde ha pasado.
Las penas pequeñas
Son las que hacen daño;
Porque las grandes, ó matan ai pronto
O pasan de largo.

El dulce sonido
De tu voz alegre,
Cuando te callas, se aleja despacio

Hasta que se pierda
Si de tu guitarra
Una cuerda hieres.
Como una queja resuena en el aire
Qué lenta se pierde.
Pues donde esa queja
Y tu voz se mueren,
Allí he soñado que nuestros amores
Irán á perderse.

Tengo que hacer en el mundo
Una cosa sin ejemplo;
Te tengo que dar mi alma
Para completar tu cuerpo.

Por la calle arriba,
Por la calle abajo,
¡Cómo enseñabas anoche ese cuerpo
Que yo guardé tanto!

Alta es del ciprés la copa,
pero tambien sus raices
aunque no se ven son ondas

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se vá
licen al ver que se aleja:
Dios sabe si volverán.

Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás :
• Dios sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya. »

¡Silencio! que duerme
mi madre la siesta,
la pobrecita no duerme de noche
para que yo duerma,

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

LA MUERTE DE JESUS.

Detente, humanidad, póstrate mundo ;
El Dios inmenso que en el sol se asienta ;
El que hace hervir al piélago profundo
Con el soplo voraz de la tormenta ;
El que brilla magnífico y sereno
Sobre las cumbres del azul palacio
Y de grandeza lleno
Esclaviza á la mar y acalla el trueno
Pendiendo el iris por el ancho espacio ;
El que pobló de estrellas
Su rico eden, cual refulgente coro,

Adornando con ellas
Del firmamento las alfombras bellas,
Como en azul jardin flores de oro ;
El Hijo de María,
Pendiente de una cruz y ensangrentado
Del pueblo entre la ronca gritería,
Turbando el mar y oscureciendo el día,
Acaba de morir crucificado.

Humíllate, mortal ; la sangre pura
Que hirviendo corre y en la cruz gotea,
Hierve tambien en tu conciencia oscura ;
Póstrate y calma tu dolor profundo,
Tu triste error y tus pecados llora,
Vierte llanto fecundo,
Que hasta la inmensa redondez del mundo
Es pobre altar para el que á Dios adora,
Abre á la fé cual rico santuario
Tu corazon doliente ;
La sangre de Jesus desde el Calvario
Irá rodando á salpicar tu frente ;
Dobla la altiva sién : rómpase el grito
De tu inmenso dolor, y avergonzado
Ház que se borre, ante la Cruz postrado,
La mancha de tu bárbaro delito.
Con pabellon de nubes enlutada
La bóveda del cielo aparecia,
Y en la tierra de crímenes preñada
La sangre del Señor corre mezclada
Con las lágrimas puras de María.
El mar levanta furibundo grito,
Ruge el abismo entre su fondo oscuro

Y cual sordo volcan del infinito,
El cráter rompe de su inmenso muro.
¡Quién, ¡ay! descubre su insondable arcano,
¡Quién su cólera enfrena,
Si está enclavada la potente mano
Que humilló la altívez del Oceano
Con leve cinta de menuda arena!

Gimiendo el aura va de risco en risco,
Y de tristeza lleno,
Sepulta el sol su refulgente disco,
Al eco ronco de la voz del trueno.
Pálida sobre el Gólgota la luna,
Apaga sus medrosos resplandores,
Y en el valle gentil, de flores cuna,
Tiemblan de horror las moribundas flores
En los azules velos dilatados.
No brillan las estrellas
¡Yo cómo han de brillar, si están cerrados
Los ojos adorados
Donde su blanca luz bebieron ellas!

Como niebla flotante
Que del seno del mar tremula sube
Blanca bordando, convertida en nube,
De los espacios el dosel brillante;
Como el suspiro temeroso y vago
Que arranca el viento al declinar el día
Del bosque melancólico y del lago;
Como la débil voz desgarradora
Que en el hogar del trovador doliente
Despide un arpa que temblando llora,
Así con dulce y apacible calma,

En éxtasis de amor adormecida,
Hoy á los cielos se levanta el alma
Lejos de las tormentas de la vida.

Señor, tu cabellera
Es el rayo del sol; tu régia planta,
Al recorrer los mundos, de la esfera
Polvo de estrellas sin cesar levanta;
Tu mirada es la luz con que ilumina
El rosicler del iris las alturas;
Tu plegaria es la tarde que declina
Por las desiertas bóvedas oscuras.
Tú revistes de púrpura y de plata
El denso cortinaje de la bruma,
Y despiomas la ronca catarata
Con los doseles de su blanca espuma,
Nubes de azul, de rosa, y de amarillo
Pintan los aires de tu eden fecundo,
Y en cada pliegue de tu augustó manto
Despierta un sol, y se levanta un mundo.

¡Y tú vas á morir! Vuelquen los mares
Sus turbias ondas en terrible guerra,
Devorando los senos de la tierra
Y subiendo del sol á los altares;
Quebrántantense los pueblos dilatados
Al grito de las aguas cristalinas;
Húndanse por los aires dibujados
Esqueletos de torres levantados
En pedestal de lóbregas ruinas;
Esconda el sol sus rayos refulgentes
De eterna noche en el abismo yerto,
Y torcidas cadenas de serpientes

Arrástre el hombre en áspero desierto,
 Antes que en medio de la Cruz sagrada,
 Y del viento á los fúnebres cantares,
 Espire el que en las sombras de la nada
 Hizo rodar los mundos y los mares.
 ¡Y has de morir! Las riendas de tu mano
 No detendrán entónces la carrera
 Del indómito y bárbaro Occéano;
 No flotará en los pires la bandera
 De los rayos del sol; los huracanes
 Romperán los abismos de los montes
 Donde tienen su cárcel los volcanes.
 Se arrastrarán con ímpetu bravío
 Torciendo el cáuce y hácia atrás rodando
 El golfo hirviendo y el revuelto rio.
 ¡Vas á morir! levántanse las nubes,
 Cual un suspiro del callado suelo,
 Y gimen como voz de zos querubes
 Las arpas de las vírgenes del cielo.
 Dejad que el viento por el mundo ruede;
 Que el mundo se estremezca en su ruina;
 Es porque el mundo sostener no puede
 El peso santo de la cruz divina.
 Vuedle subir la fúnebre garganta
 Del seco peñascal; mirad las rocas
 Partirse con la sangre de su planta;
 Contemplad tras el lóbrego horizonte
 El sudario de nieblas que se agita
 Y ved alzarse en el augusto Monte
 El cadalso de un Dios, la cruz bendita.
 ¡Piedad, Señor! La plebe turbulenta.

En ronca y destemplada algarabía,
 Con sorda calma tus suspiros cuenta,
 Observando en tu faz amarillenta
 Descomponer tu frente la agonía.
 Los vientos perezosos de la tarde
 Enjugan el sudor ensangrentado
 Que gota á gota en tus mejillas arde.
 Mudo tropel de errantes golondrinas
 Te cubre con sus alas,
 Y arranca de tu frente las espinas.
 ¡Vas á morir, Señor! Cárdena espuma
 En hilo frágil por tu lábio ondea.
 ¡Cuánta fatiga tu semblante abruma,
 Y cuanta sangre de la Cruz gotea!
 Inclínase tu frente dolorida
 Y la luz de tus ojos te abandona.
 ¡A ti que en la mañana de la vida
 Le diste un sol al mundo por corona!

 ¡Sí, muerto está! con alas de crespones
 Avanzan las tormentas
 Del cielo en los oscuros pabellones.
 Rompe el volcán las cóncavas entrañas
 De su carcel de fuego,
 Cual mónstruo que estremece las montañas,
 Por los valles umbríos
 Perdidas bullen las sonoras fuentes,
 Los golfos, las cascadas y los rios;
 Quiebra la mar sus asperas cadenas,
 Y encage de relampagos arrastra

Corriendo más allá de las arenas.
En las nubladas bóvedas medroras
El sol apaga sus hogueras puras
Y en sorda convulsión saltan las losas
De las calladas, hondas sepulturas;
Se estremecen los pollos en la esfera
Y la creación palpita quebrantada,
Cual si de nuevo el mundo se perdiera
En los yertos abismos de la nada.
;Murió el Señor! con fúnebre agonía
Las arpas de Salem gimen con duelo,
Y los ángeles cantan en el cielo
Y á los pies de la Cruz llora María.
Quebrada luz los horizontes dora;
El cadáver de un Dios cubre el sudario;
La santa Virgen á sus pies lo llora,
Y de los mundos la oración sonora
Los funerales canta del Calvario.

Apagado rumor; eco salvaje,
Voz que estremece de Salem el muro,
Aguila que empapais vuestro plumage
Sobre los bordes del Cedron oscuro,
Luna cansada que en la noche umbría
Paliderec desierta y moribunda
En la cima del Gólgota sombría;
Huerto de la oración; bosques secretos
Que llorais tras las lóbregas cañadas,
Cárdenos y amarillos esqueletos
De nubes por los aires desgarradas;

Últimos desmayos resplandores
Del sol poniente que á lo léjos arde
Cisnes que sois los tristes trovadores
De la orilla del mar allá en la tarde;
Conservad las dolientes melodías
Que se agitaron en el alma inquieta;
Y recoged las muertas armonías
Que brotaron del arpa del poeta.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ

CONSEJOS

Quieres casarte, buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi esperiencia;
;no es así? pues allá van.
Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer,
por el pronto, suelen ser
malos los preliminares.
Estos son, ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasnochadas, desafíos,
y peloteras y celos.
Amanece con el día
y vela: no hay más recurso

yo, de novio, estudié un curso
completo, de astronomía.
Decidiste à ser esposo;
y sufres, que es *la más negra*
de la veterana suegra
el exámen codicioso.
Entra el gasto, —es cosa obvia;
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.
Llegamos al depositario:
das el suspirado sí.
¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.
Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afan reposa.
¡Ay, Juan! ¡esto es otra cosa!
como que empieza el infierno.

AMOR SIN CELOS.

Tengo aprensiones yo como cualquiera,
y tocante á caprichos; no se diga!
El campo siempre verde me fatiga,
el cielo siempre azul me desespera.
Triste la luz del sol me pareciera
sin esa noche del dolor amiga,
y sin la pena que el placer mitiga,
hasta la vida misma aborreciera.
Pues esos ojos tuyos, dueño mio,

que pueden afrentar á uno y mil cielos,
causaron mi amoroso desvario.
No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,
y mi ardiente pasión murió de frío;
que así muere el amor cuando no hay celos.

TRADUCCION DE UNA POESÍA DE VÍCTOR HUFO

Ya brilla la aurora fantástica, incierta,
Velada en su manto de rico tisú:
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta,
Por qué cuando el alba las flores despierta
Durmiendo estas tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el día;
Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;
El ave te dice: Yo soy la armonía.
Y yo suspirando, te digo: Alma mía,
Yo soy el amor.

CARTA A FILENA.

(Imitación de una poesía escocesa.)

Aunque siempre fui cobarde
Contigo, amoroso alarde
Hacer de un recuerdo quiero:
Era á mitad de Febrero;

Era á mitad de una tarde,

Con el alma de amor llena,

Buscando alivio á la pena

Que mi corazon traspasa,

Llamé á tu puerta, Filena,

Y estabas solita en casa.

No se si ativiav quisiste

Mis amantes desvarios;

Ello es que viéndome triste,

Enternecida pusiste

Tus lábios sobre los míos.

Sin duda fué caridad;

Sin duda fué solo un medio

De mostrarme tu piedad;

Pero ¡ay! que ha sido el remedio

Peor que la enfermedad.

Mira, Filena querida,

Si hay desdicha parecida

A esta mi desdicha fuerte:

Lo que á tantos da la vida

A mí me ha dado la muerte.

Desde entónces no reposa

Mi alma sin cesar me quejo:

Desde entónces, niña hermosa,

De tu boca temblorosa

Guardo en mis labios el dejo.

Es una dicha y la lloro;

Pero con tanto egoismo

La guardo como un tesoro,

Que algunas veces, yo mismo

Me parece que la ignoro.

que á más de ser yo muy hombre,

tu concepto me es sagrado;

y para que más te asombre,

desde entónces he encerrado

en mi corazon tu nombre.

Solo sí alguien por antojos,

ó porque vé que ya apunta

la amarillez en mis ojos,

lastimado me pregunta

la causa de mis enojos.

Porque á las gentes esquivo

y en amoroso embeleso

vagando voy pensativo,

respondo: « Me ha dado un beso,

y desde entónces no vivo!

POSDATA.

Pero oye, y valga verdad:

si no tienes otro medio

de mostrarme tu piedad,

vuelve á aplicarme el remedio...

v siga la enfermedad.

CUENTO.

En una modesta villa,

cuyo nombre no dire,

por razon de que no sé

si es de Aragon ó Castilla.

Vivió un mozo, en poca edad
más espigado que un tallo,
que era en sus tiempos el galle
de toda la vecindad.

Por su apostura bizarra
ningun otro combatía,
y á los más fuertes vencía
en la lucha y á la barra.

¿Quién, bailando, su destreza
supo esceder ni igualar?
Nadie : en Juan era el bailar
segunda naturaleza.

Con esto; con unas viñas,
cuatro solares y un soto,
y tras rico maniroto
eral el coco de las niñas.

Digo mal : es condicion
humana, que nunca yerra,
que no haya cosa en la tierra
que no tenga su excepcion.

No léjos de nuestro Juan
al mismo tiempo vivía
la linda Rosa María.
¡bocado de mazapan!

Era la moza completa,
de mucho rumbo y donaire ;
la habló Juan, sufrió un desaire,
y Juan perdió la chabeta.

Hasta aquel momento, el muzzo
no supo lo que era amor,
perdió el sueño y el color,

y el apetito y el gozo.
Hubo comó es natural,
rondas... ¡ diligencia ociosa!
Nada pudo hacer á Rosa
bajar de su pedestal.

Nada lograron las padres,
codiciosos como viejos ;
ni aprovecharon consejos
ni cábalas de cómadres.

Las músicas fueron vanas.
inútil fué la querella ;
todo lo oyó la doncella
comó quien oyo campanas.

Ni el amor ni los placeres
perturbaron su quietud...
¡Era sistema ó virtud?
¡Quien entiende á las mujeres!
Viendó qué tales estremó!

no mellaban su altivez,
apeló Juan de una vez
á los recursos supremos.

Al mirarse hecho un retablo
de duelós, triste y sin calma,
resolvióse á dar el alma...
(con horror lo digo) ¡al diablo!

Creyendo alcanzar merced,
su memorial como es uso,
en un agujeró puso,
abierto en una pared.

Tardó el día á su impaciencia ;
más cuando el papel sacó,

¡pobremozo! se encontró
con esta inicua sentencia.

• ¡Noramala para ella!
¿Rosita? ¿Rosa María?
para mí la tomoria...
Y lo firmaba: «Luzbel»

Por fin se aclaró el arcano;
á otro día, aquella Rosa
inflexible, desdenosa,
hoyó con un escribano.

Súpolo Juan, y exclamo,
remesándose el cabello:
— • ¡Estaba empeñado en ello!
al cabo se la llevó.

A CITA A LA MADRUGADA

SONETO.

No hay pena, no hay dolor, hermosa mía,
Que yo no arrostre por tus lindos ojos;
Esclavo viviré de tus antojos
En tanto que mi amor tu amor sonría.
Preso en tus dulces lazos noche y día;
Bebiendo el néctar de tus labios rojos,
¿Como sentir los pérfidos abrojos
Que del mundo falaz cubren la vía?
¡Adorarte y no más! Este en mi oficio,

Y no hay afecto ni pasión profana
Que no venza mi amor en tu servicio.

¡Mas soy flaco mortal, hermosa Jnana!
Pideme de mi sangre el sacrificio,
Y déjame dormir por la mañana.

ANTONIO ROS DE OLANO

SONETOS.

¡Santa naturaleza!... yo, que un día,
prefiriendo mi daño á mi ventura,
dejé estos campos de feraz verdura,
por la ciudad donde el placer hastía,
Vuelvo á tí arrepentido, amada mía,
como quien de los brazos de la impur
vil publicana se desprende y jura
seguir del bien por la desierta vía.
¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
si arboles, flores, pájaros y fuentes
en tí la eterna juventud reparte,
Y son tus pechos los alzados montes;

tu embalsamado aliento los ambientes
y tu ojos los anchos horizontes?

II.

Mas precio en este valle y pobre aldea,
término de mi vida peregrina,
despertar cuando el aura matutina
las copas de los árboles menea.

Y a volver de mi rústica tarea,
ora en la tarde cuando el sol declina;
mirar desde esta fuente cristalina,
el humo de mi humilde chimenea.

Que en la rodante máquina lanzado
cruzar como centella por los montes,
pasar como relámpago el poblado...

Y así robando al pendulo un segundo,
para hender los finitos horizontes,
sentir la nada al abarcar el mundo.

III.

Hay junto á la ventana de mi estancia
un laurel de la sombra protegido,
en dónde guarda un ruiseñor su nido
apenas de mi mano á la distancia.

Y entre el verde follage y la fragancia
celoso, ufano, amante requerido

dice su amor con lánguido quejido
y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche, una tras una,
en sigilosa hilera, huyendo el dia,
siguen el curso á la encantada luna...

Y en esta soledad, el alma mia
goza sin envidiar cosa ninguna
de su quieta y feliz melancolía.

IV.

¿Qué fueron al gran Carlos las hazañas,
en la celda de Yuste recogido?
El quiso relegarlas al olvido
y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
huír su techo y olvidar su egido
por el lucro del mar embravecido,
por el precio de sangre en las campañas.

Mas al noble varon que honró su historia
sin codiciar fortuna envilecida,
ni envidiar los pesares de la gloria,
un apartado albergue le convida
á esperar sin tormento en la memoria
la breve muerte de su larga vida.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

SONETO.

Yo perdonaré la traición artera,
huesped eterno de tu pecho ingrato,
si alguna vez en tu amoroso trato
me hubieras dicho una verdad siquiera.

¡Yo perdonarte inicua!... Cuando adquiera
todos los bienes que te di insensato,
el ardor de mi cándido arrebato,
el noble arranque de mi edad primera.

Pido al cielo que en cambio de tu calma
te di mi pena, y que tu pecho herido
llore con sangre la perdida calma.

Mas ¡ay! en vano la venganza pido,
que estos males se sufren en el alma,
y tú, perversa, nunca la has tenido.

A ELENA.

Nací, soberbio en miserable cuna;
volé al combate y alcance renombre :

mi salvaje valor y mi fortuna
me hicieron luego despreciar al hombre.

El ronco son de la batalla hirviente,
el bosque solitario con su calma,
ni un pensamiento levantó en mi mente
ni un sentimiento despertó en el alma.

Tú solamente, Elena, vida mia,
tú, como Dios que arranca con su mano
agua sin que del pedernal que toca,
sacaste amor y sentimiento humano
de este desierto corazón de roca.

SONETO.

Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sosten de la virtud,
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;

La que trueca en teson la veleidad
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud,
y los torpes engaños en verdad;

Asi conseguirá mi corazón
que los favores que á tu amor debí
te ofrezcan algun fruto en galardón;

Y aun tú, Señor, conseguirás así
que no llegue á romper mi confusion
la imagen tuya que pusiste en mí.

EN EL ALBUM DE MI AMIGO
ADOLFO QUESADA.

Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento :
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano :
es del bien más soberano
presentimiento suave,
y es todo lo que no cabe
Dentro del lenguaje humano.

¡ Dichoso tú que su palma
has llegado á merecer,
conmoviendo á tu placer
la mejor parte del alma !
tú infundes sublime calma
y tristeza bienhechora !
¡ Ay de mí !... tu seductora
y celestial armonía,
¡ cuantas veces calmaria
este áfan que me devora !

SONETO

Dices que tu conciencia te provoca
á decirme por fin lo sucedido ;

que es verdad el recelo que he tenido
y con fulano me ofendiste loca.

¡ Y me pides perdon ! A mí me toca
el pedirtelo á ti, que injusto he sido,
por que nunca posible habia creído
que una verdad saliera de tu boca.

¡ Y tú imaginas, de dolor turbada,
que hoy mi desprecion con razon comienza,
cuando nunca te he visto tan honrada !
Mas no es extraño que el rubor te venza,
que el hacer algo bueno es humorada
que ha de costarte un poco de vergüenza.

EN EL ALBUM DE ELENA.

Entre los rumores vanos
del más oscuro café,
donde jóvenes sin fé
 cuentan amores livianos,
 nada te escribo, que allí,
 aunque es mucha tu belleza,
 la más galante fineza
 es no acordarse de tí.

A MI HERMANA EN SUS
CUMPLEANOS

SONETO

Un año más : no mires con desvelo
la carrera veloz del tiempo alado
que un año más en la virtud pasado
un paso es más que te aproxima al cielo
Llora, si con amargo desconsuelo,
pues nunca lo bastante habrás llorado
el año que al morir te hayas dejado
de alguna falta el interior recelo.
El tiempo que bien, obres no es perdido ;
pues los años de paz, hermana mía,
que en la santa virtud hayas vivido.
se convierten en siglos de alegría
en el eterno eden que hay prometido,
al alma justa que en su Dios confía.

ANTONIO HURTADO.

LA PRIMERA ALBA DE MAYO.

No tiene el sol tan buen rayo
ni el cielo tan buena aurora,
como la luz que atesora

la primera alba de Mayo ;

Pues tanta vida y calor
sobre los campos derrama,
que apenas hay una rama
que no se convierta en flor.

Y es qué Dios desde su asiento
con la luz del claro día,
pródigo á la tierra envía
un átomo de su aliento.

Átomo de esencia tal
y de tan rica fragancia,
que siendo nueva sustancia
y nuevo gérmen vital,

A su contacto fecundo
hierva la tierra, y parece
que se agita y se estremece
ébrio de placer el mundo.

Quizás de otra causa en pól.
corre la ciencia altanera ;
¿ mas quién tal vida infundiera
si no la infundiera Dios ?

¿ Quién sino Dios prepotente
tan alto bien acrisola ?
¿ Quién enciende y arroholá
la clara lumbre de Oriente ?

¿ Quién á la nube que ondea
con visos de rosa inflama ?
¿ Quién dá al sol la eterna llama
con que lás cumbres orea ?

¿ Quién de los montes desata
la densa y pesada bruma,

y con vellones de espuma
destrenza arroyos de plata?

Quién con alta potestad
y con vigor soberano,
ya remueve el Oceano,
ya empuja la tempestad?

¿Quién, en fin, dá movimiento
á cuanto en el mundo cabe,
y anima la flor y el ave
el fuego, la mar y el viento?

Dios, cuyo inmenso poder
en todas partes se ostenta
y á cuyo soplo fermenta
el gérmen de todo sér.

Dios, que con nieve encanece
la sién del risco sombrío,
y acallando el son del río
entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
envuelve el valle y el monte,
y del extenso horizonte
achica la inmensidad.

Así cuando se desprende
su esencia viva y creadora
con la luz consoladora
que en el sol de mayo enciende,

Virgen aspirando amores
despierta la tierra ufana
y gozosa se engalana
con rico manto de flores.

Entónces en curso leve

y en corrientes desiguales,
baja deshecha en cristales
y en globos de luz la nieve,

Y en incesante rodar
como el mundo en el vacío,
corre la nieve á ser río
y el río corre á ser mar.

Y entónces es cuando osada
bate la escarcha la pluma
la garza que por la bruma

sube á la esfera azulada.

Y es cuando fresca la flor
quebranta su cárcel de oro,
y es cuando cantan á coro
la alondra y el ruiseñor.

Y entónces es cuando enhiesta
alza su copa la encina,
y hay más luz en colina
y hay más sombra en la floresta.

Porque como se eslabona
el vapor que al cielo sube,
con la trasparente nube
con que el mundo se corona.

Por la huella de las dos
baja la vida que encierra,
el ósculo que á la tierra
dá el lábio puro de Dios.

Osculo que suspirar
hace en deliquio suave,
al hombre á la flor, al ave,
al viento, al fuego y al mar.